

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 28

Article 12

1988

Mariela

Antonio Planells

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Planells, Antonio (Otoño 1988) "Mariela," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 28, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss28/12>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ANTONIO PLANELLS

Marlela

Muchas veces me he puesto a reflexionar sobre el porqué en estas colosales ciudades del este norteamericano, cualquiera puede llegar a vivir años enteros en uno de estos frágiles y diminutos departamentos de un solo ambiente, ignorando y siendo ignorado por sus vecinos, inclusive aquéllos más próximos. Soledad, anonimato e indiferencia son el elevado precio de este tipo de existencia puntual, organizada y sumamente eficiente. Por lo demás, mi departamento era reducido pero confortable; ubicado en el décimonoveno piso del formidable y rojizo rascacielos Hermes, cuyas torres gemelas terminaban en pirámides equiláteras de base cuadrada de cristal verdoso.

Cumplía mis rutinas con religiosidad. Salía rumbo a mi oficina alrededor de las siete de la mañana y regresaba a eso de las cuatro y media de la tarde. Me encantaba estacionar el automóvil cerca de la espumante y bulliciosa fuente ubicada en el centro del parque de la entrada. Allí me solía detener unos instantes para admirar la virginal belleza de unas estatuas griegas; mujeres delicadamente desnudas portando tinajas de diversos tamaños y formas, e inclinadas sobre el nivel de las inquietas aguas. Luego me dirigía mecánicamente hacia el inmenso hall del edificio. Una vez allí tomaba uno de los periódicos vespertinos y abría mi casillero postal, el 1907. No podía evitar el echarle un vistazo al 1909, el de mi invisible,

aunque audible, vecina de al lado. Podía leer su apellido en el rótulo: Borghese. Yo la bauticé secretamente Mariela.

Entre las cinco y las cinco y media, Mariela regresaba de su trabajo. Podía presentir su cercanía y hasta contar cada una de sus pisadas sobre la silenciosa y discreta alfombra del pasillo. La oía detenerse frente al 1909 y sacar las llaves del interior de su bolso de mano; abrir con suavidad la puerta de entrada, cerrarla tras de sí y descalzarse casi inmediatamente. Colgaba su tapado en el armario lateral y se deslizaba hacia el cuarto de baño. Podía escuchar el agua que a borbotones iba llenando la bañera, el cerrar de los grifos y las últimas gotas golpeteando a breves intervalos sobre la superficie. Un breve silencio y luego el éxtasis: los pasos descalzos de Mariela que se aproximaba y que, finalmente, se detenían frente a la bañera... un instante más de expectativa y el inconfundible sonido del cierre de la falda, los botones de nácar de la blusa golpeando contra el piso de mosaico, el chasquido de la hebilla del portasenos y el último elástico deslizándose hacia los tobillos. Entonces entraba triunfalmente en aquella inigualable delicia líquida, exhalando un hondo suspiro y dejándose estar, abandonándose después de la larga jornada. El tiempo parecía haberse suspendido hasta casi desaparecer. Luego se oía un leve agitar de las aguas, el jabón que había comenzado a deslizarse en todas direcciones, acariciándola íntimamente hasta el momento mismo del enjuague. Se incorporaba entonces para recibir aquella ecantadora lluvia, al mismo tiempo que el agua de la bañera comenzaba a desagotarse lanzando un ronquido arremolinado, mientras, en medio de aquella incipiente tormenta, Mariela se agitaba con ansia indescriptible, tratando de quitarse los últimos vestigios de jabón de su tibio y lozano cuerpo. El torrente ya comenzaba a disminuir su intensidad; la lluvia había cesado y el eco del agua alejándose, iba anunciando la culminación de aquella especie de ceremonia ancestral.

Preparar la cena, mirar las telenoticias del Canal 13, comer en silencio, leer algún texto de interés y comenzar a acomodar algunas cosas para la jornada del día siguiente, eran las necesarias e inevitables tareas que nos llevarían muy cerca de la medianoche. La proximidad de la hora del descanso y el advenimiento de la superrealidad del sueño, parecían predisponer mi natural tendencia a las prolongadas vigiliias. Muy cerca de la una de la mañana oía las inconfundibles pisadas de Mariela acercándose a su lecho, que estaba ubicado a la par del mío, solamente separados por la pared medianera de yeso blanco. Mi sensibilidad auditiva y mi diligente imaginación iban ordenando progresivamente ese misterioso laberinto de susurros, vaivenes, chasquidos y deslizamientos; el resto era parte de mi ofrenda al imperio de los sueños.

Mariela se depositaba con extrema suavidad entre las sábanas (las que siempre concebí perfumadas con esencia de jazmín) y podía adivinar, por una leve vibración en la pared, que el frío de las sábanas la habla

estremecido. Luego escuchaba un suspiro de alivio; se revolvía unas cuantas veces y se anidaba entre las ondulaciones de las sábanas. Otro momento de silencio, seguido de un impreciso y monótono susurro; que más tarde supe que era su plegaria nocturna. Unos minutos más de calma y ya podía adivinar sus ademanes buscando la llave interruptora del velador, el palpar la mesa de luz y el medir la distancia entre el borde de la cama y el reloj despertador (ya calibrado para despertarla mañana a las seis y cuarenta y cinco en punto). Todo en perfecto orden (a veces la oía toser un poco), volvía a acomodarse en el lecho, ya tibio, y otra vez el silencio; el silencio que comenzaba a agrandarlo todo.

Noche tras noche mi oído iba seleccionando meticulosamente todos y cada uno de los detalles que mi imaginación ensamblaba. Poco a poco, muy pacientemente, la iba gestando. Pero Mariela no estaba aún concluida; su interior era frágil y sumamente complejo. Cada etapa me deparaba nuevas sorpresas, escandalosas bifurcaciones y me inquietaba la posibilidad de un devenir enigmático. Había que perseverar. Por sobre todas las cosas, debía evitar verla cara a cara, saber cómo era ella a la luz del día. De ocurrir, el encanto de esa otra realidad se hubiera destruido. Era imprescindible que nos mantuviéramos ansiosos y responsables, ante la única posibilidad de mantener nuestra salud mental y buscar, en esa preciosa y profunda intimidad, el sentido último de aquella existencia. Oír e imaginar, con una mínima dosis de ensoñación, eran sinónimos de trascender. Estábamos muy seguros de ello; y hablo en primera persona del plural porque presiento que Mariela había comenzado a intuirlo todo. Cada nueva noche mi audibilidad y mi imaginación iban perfeccionándola a través de sus monólogos, bostezos, susurros, idas y venidas, suspiros, gemidos, lamentos, silencios... y sus pesadillas, insomnios y sueños, poco a poco iban confundándose con los míos.

Recuerdo que todo sucedió en la madrugada de un sábado saturado de soledad y luna llena. Me sobresaltó su respiración agitada y quejumbrosa, a la que se sumaba el estremecimiento de todo su cuerpo, golpeando insistentemente contra el muro de yeso que nos separaba. Entreabrí trabajosamente los ojos, todavía confundido y semidormido, y traté de incorporarme y de acercar (como de costumbre) mi oído a la pared indiscreta. No fue necesario; su delicada mano, que ya había traspasado el muro, me empujaba lenta pero firmemente hasta dejarme tendido boca arriba, mis ojos extasiados, contemplándola tal cual era (tal cual la había delineado), en medio de la penumbra de la habitación, su amorosa figura iba completándose ante mí: su cuello blanco, sus pechos rosados y palpitantes, su vientre redondo, su pierna derecha y luego la izquierda, trasponiendo aquella imaginaria barrera de yeso y ansiedad, que acababa de completarnos, el uno en el otro, interpenetrándonos así y hasta que otra Mariela o Leticia o Silvina alquilara ese pequeño, pero confortable,

departamento diecinueve cero nueve ahora vacante y a la espera de una de ellas.